

Huellas de las mujeres judías en Santa Fe. Moisés Ville (1889-1930)

Bidut Vilma*
Capoulat Liliana**
Wexler Berta***

Resumen

La provincia de Santa Fe se caracterizó, desde la segunda mitad del siglo XIX, por ser un asentamiento de poblaciones que migraron desde diferentes países europeos. Las mujeres que la habitaron tenían distintos orígenes: italianas, españolas, suizas, lituanas, bielorrusas. Sin embargo, todas tenían algo en común: eran migrantes y estaban subordinadas a los mandatos de los varones.

El propósito de este artículo es historizar las experiencias de vida de mujeres migrantes en la región del noroeste santafesino, concretamente en las primeras colonias judías organizadas por las Jewish Colonization Association¹, y analizar cómo tuvieron la capacidad de adaptarse a este espacio, de transformarlo, de qué manera resistieron y transgredieron su tradición.

Nuestro interés se centrará en la vida de aquellas mujeres que trabajaron en el espacio doméstico, que desarrollaron sus múltiples actividades para el hogar y en sus familias, desde 1889 hasta 1930. Entendemos que por ello constituyen un colectivo relegado por la historiografía. El objeto de estudio lo conforman las mujeres de Moisés Ville -asentamiento poblacional que llegó desde la Rusia zarista en los finales del siglo XIX-, que trabajaban en sus hogares, donde tuvieron roles activos en la producción material y simbólica del orden social.

Palabras Claves: Mujeres- inmigrantes- memoria- género

Abstract

* Magister en Género, CEIM/UNR. Contacto: vbidut@yahoo.com.ar

** Magister en género, CEIM/UNR. Contacto: lilianacaouplat@hotmail.com

*** CEIM/UNR. Contacto: berjorgi@hotmail.com

¹En adelante JCA.

Bidut Vilma, Liliana Capoulat y Berta Bexler, "Huellas de las mujeres judías en Santa Fe. Moisés Ville (1889-1930)", en *Zona Franca. Revista del Centro de estudios Interdisciplinario sobre las Mujeres, y de la Maestría poder y sociedad desde la perspectiva de Género*, N°24, 2016 pp. 100-122. ISSN, 2545-6504

Recibido: 2 de agosto, 2016; Aceptado: 26 de septiembre 2016

The Santa Fe province was characterized, from the half of the 19th century, to be a settlement of populations that migrated from different European countries. Women who lived there were from different origins: Italian, Spanish, Swiss, Lithuanian and Bielorussian. All of them had something in common, they were migrants and were subordinate to the commandments of men.

The purpose of this article is historicizing the life experiences of immigrants women in the first Jewish colonies at Santa Fe northwest territory, organized by the Jewish Colonization Association and analyze how they had the ability to adapt to this space, transform it, how resisted and transgressed its tradition.

Our interest focusses on the lives of women who worked in the domestic environment, which developed its multiple activities for home and their families since 1890 until 1930. Therefore they constitute a group often relegated by historiography. The object of this study is formed by the women of Moisés Ville - a settlement that came from Czarist Russia at the end of the 19th century-, that work at their homes, where they had active roles in the symbolic and material production of the social order.

Key words: *Women- immigrants- memory- gender*

Desde la teoría

Las fuentes utilizadas son testimonios orales y escritos- realizados tanto por varones como por mujeres- a los que consideramos indispensables para conocer el grupo femenino que llegó a esta región. Las mujeres que constituyen nuestro universo de recolección de datos, estarían comprendidas dentro de dos categorías: las memorias de los primeros habitantes que vivieron el proceso de construcción de la colonia y el recuerdo de los hijos e hijas y nietas/os de los primeros pobladores. Son relatos de los/las descendientes que reflejan una memoria marcada por los recuerdos y olvidos, por lo que resultan significativos para la interpretación del pasado. El período abordado se extiende desde 1889 -cuando llegaron desde su tierra natal- hasta 1930, año signado por la crisis económico-social mundial que azotó el país originando la decadencia del modelo agroexportador.

Una categoría clave para analizar las fuentes es el género, al cual definimos como el sexo socialmente construido. Ello nos permite afirmar que las relaciones entre mujeres y varones trasciende la reproducción social, incorporando los símbolos entre los individuos y conformando la parte estructurante de las sociedades humanas, de sus sistemas políticos, económicos y sociales. La utilización de esta herramienta metodológica nos da la posibilidad de distinguir formas diversas en períodos históricos diferentes. Asimismo, la historicidad de las relaciones genéricas construyen las representaciones imaginarias que justifican la dominación patriarcal. En cuanto a estas investigaciones sobre migraciones, se considera que en este proceso son los varones quienes se trasladaron atraídos por mejores condiciones de vida, donde las mujeres los acompañaron en este movimiento y que su participación en la experiencia fue mínima.

Además, adherimos al enfoque del pluralismo cultural, que presenta a los grupos extranjeros como remisos a la adaptación. Los enfoques desde el pluralismo cultural definen y reivindican el derecho a la diferencia, o sea ponen el acento en la necesidad de las personas a mantener y expresar sus valores y creencias propias. Por lo que el énfasis está en el respeto a las diferencias o al otro dentro del marco de igualdad de derechos. Es un modelo de organización social que piensa la posibilidad de convivir en armonía en sociedades distintas desde el aspecto cultural, religioso y lingüístico. La diversidad existente no desaparece sino que se mantiene, no se recrea por la adquisición de la cultura dominante sino que se integra con los aportes preexistentes, intentando la interacción de los grupos étnicos.

En un primer momento, los migrantes optaron por la endogamia matrimonial, la resistencia a la naturalización y una participación política desde sus asociaciones, por lo que la idea de la mixtura de las distintas culturas era un deseo más que la realidad. El desplazamiento de las personas no son sólo cambios de un lugar a otro, sino también transformaciones de estructuras sociales y culturales: costumbres, tradiciones, valores, creencias, lengua y todo lo que representa su mundo material y simbólico. El traslado fue originado por situaciones carenciales de primera necesidad en los países de origen y la esperanza de encontrar un lugar que acabe con las privaciones y miserias. La llegada al nuevo país provocó una situación de crisis, ante la posibilidad de no poder adaptarse o no poder asimilar la nueva cultura, porque la gran dificultad reside en la lucha entre la aceptación de un nuevo sistema de valores y el abandono de los suyos. En la mayoría de los casos el inmigrante se aislaba e intentaba que la nueva cultura no rompiera con su identidad (Vargas Llovera, 1996).

En esta oportunidad utilizaremos como fuentes las entrevistas realizadas a Oca, en Santa Fe en el año 2016. Además las realizadas a Sara, a Vita, a Isaac y Moisés que fueron publicadas por el Centro de Documentación e Información sobre Judaísmo Argentino Marc Turkow²; una biografía inédita de Benjamín escrita en el año 2012; y las *Memorias* de Noé Cociovitch, publicadas en 1987 junto a las de Salomón Alexenicer.

²El centro de Documentación e Información sobre Judaísmo Argentino, centraliza preserva y difunde aquellos elementos que permiten testimoniar y conocer la presencia y vida de los judíos en Argentina.

Nuestro bagaje metodológico comprende, además, la propuesta en la cual la historia oral es fundamental para la historia del género, ya que tiene la posibilidad de acceder a las experiencias de aquellas personas cuyas vidas están al margen del poder y cuyas voces permanecen ocultas, escondidas, que pertenecen sobre todo a las mujeres, a través de cuyos testimonios nos ofrece una mirada alternativa al androcentrismo de la historiografía general y nos permite incluirlas como sujetos de la historia.

Llegan los inmigrantes al territorio argentino

La llegada más importante de los inmigrantes judíos al territorio santafesino se produjo en 1889, cuando el interés por poblar el “desierto” impulsó la emigración europea hacia la República Argentina. Para ello contó con el apoyo oficial, que implementó algunos mecanismos de promoción a través de los cuales se dio a conocer una imagen del país que prometía perspectivas de progreso para todos los que quisieran habitar el territorio. En estos años, el sistema empleado para reclutar migrantes en Europa fue la acción a través de agentes particulares.

No debemos olvidar que en 1852, luego de la batalla de Caseros, fue el momento en que la noción de inmigrante adquirió formulaciones más sistemáticas y conceptualmente más abarcadoras. Ellas se plasmaron en el carácter civilizatorio atribuido al rol del inmigrante en la sociedad argentina, visible en la obra de Juan Bautista Alberdi, en la Constitución de 1853 y en la Ley de Colonización e Inmigración N° 817 “Ley Avellaneda”, puesta en vigencia a partir del año 1876. Esta norma da una definición de inmigrante que sirvió

para delimitar quienes tenían derecho a los beneficios que ofrecía el Estado argentino. Por lo que inmigrante, según su art. 12, dice: "...reputase inmigrante, para los efectos de esta ley, a todo extranjero, que llegase a la República para establecerse en ella, en buques de vapor o vela". El art. 18 especificaba que los buques de inmigrantes eran aquellos que llegaban: "de los puertos de Europa o de los situados cabos afuera". Este criterio, amplio en la definición, iba acompañado por otros restrictivos y aclaratorios. La ley señalaba, en efecto, que se reputaba como inmigrante a aquel que llegase en segunda y tercera clase, pero no a los que lo hicieran en primera, a los menores de 60 años, libres de defectos físicos o enfermedades que los hagan inútiles para el trabajo.

Es oportuno señalar también que en este proceso histórico las mujeres son inmigrantes invisibles. En el sentido de que las fuentes hablan poco de ellas. En general, han sido vistas como parte integrante del proceso familiar de migración y, dentro de él, como el eslabón sucesivo a la migración de varones; aunque en ciertos períodos de la etapa de la inmigración de masas, un pequeño porcentaje del sexo femenino viajaba solo, gran parte de las mujeres estaba dentro de redes aldeanas o parentales.

Todos los inmigrantes llegados desde diferentes lugares de Europa Oriental desde 1889 estuvieron vinculados con la actividad realizada por la JCA. Esta institución fue creada con fines filantrópicos por el Barón Maurice de Hirsch, cuyo objetivo fue ayudar a emigrar a la población de rusos judíos y procurar su instalación en colonias organizadas en la Argentina. Para ello, la JCA adquirió tierras en Santa Fe, Entre Ríos, Santiago del Estero y Buenos Aires.

El arribo se produjo por la acción de José María Bustos, designado como agente honorario en Europa, quien trajo a la República Argentina a inmigrantes israelitas que habían sufrido una grave persecución denominada “progroms”, generando una huida caótica hacia Europa occidental y desde allí a tierras americanas, en busca de libertad y una tierra donde instalar su hogar para dedicarse a la agricultura. Esto coincide con una etapa histórica que marca el proceso de conformación de nuestro país como espacio socio-económico conectado con la división internacional del trabajo, convertida así en el granero de Europa.

Mujeres migrantes llegadas a Moisés Ville desde una tierra lejana

La localidad de Moisés Ville se ubica en la provincia de Santa Fe, a 170 km al noroeste de la ciudad capital de la provincia. Los primeros migrantes provenían de Rusia, de las zonas cercanas al Mar Negro, en la denominada “Zona de Residencia”. Llegados a la Argentina y luego de muchas penurias, se instalaron en las tierras adquiridas. Después del viaje en tren, fueron ubicados en la estación Palacios³ sin los elementos necesarios para sobrevivir, lo que provocó enfermedades y la muerte de sesenta niños que fueron enterrados en estas tierras. Para estos inmigrantes constituyó el primer cementerio judío, lugar emblemático para recordar los inicios de esta colonia, ya que la Torá señala que es necesario atesorar la memoria para asegurar y conservar las tradiciones del pueblo judío.

³La estación Palacios estaba situada en las tierras que eran propiedad de Pedro Palacios, quien figura como fundador de la Colonia Moisés Ville el 9 de mayo de 1890.

José Mendelson, quien se remonta a las palabras de los sabios, expresa en el recordatorio de los 50 años de la colonización judía en Argentina: “Si ves un camposanto en un lugar yermo, sabe que cerca de allí llegarás a una población” (Mendelson, 1939)

A partir de ese momento, Moisés Ville se convirtió en un centro comunitario, administrativo, comercial y cultural de las colonias, líneas de asentamiento que se fueron ubicando en sus cercanías y se establecieron a lo largo de un camino de 7 km de extensión. Esta manera de delinear el espacio era la forma de ocupación tradicional de las aldeas desde donde provenían. Las viviendas estaban cercanas y ubicadas en las esquinas de las fracciones. Desde 1891 la colonia tuvo un rápido desarrollo demográfico: de las primeras 90 familias, el censo de 1914 daba cuenta de 3.800 habitantes.

Entre los recuerdos, estas mujeres hablan de la geografía de este espacio agreste: todo era monte, pastizales y alimañas, y las maneras que buscaron para adaptarse a él. Los lugares habitables son evocados al igual que los recorridos y desplazamientos que permiten recordar las cosas que vivieron en ellos:

Mi mamá...era una pionera. Estaba feliz y contenta de haber venido aunque sea en un desierto...porque los campos estaban llenos de yuyos. Los primeros tiempos, cuando los hijos se iban a cuidar la vaca o el caballo...y no volvían...y se venía el atardecer...subían al techo con una bolsa mojada en kerosene. La prendían para que los chicos vean como volver... era una señal para que no se pierdan (Sara (KFG) Entrevista realizada por Estela Erbert, 1989)

Los habitantes que se instalaron en estas tierras cercanas al pueblo de Moisés Ville, se agruparon en las viviendas que, establecidas como una red a través de un largo camino que corría de Este a Oeste, formaron parte de los distintos espacios de sociabilidad que comenzaron a formarse. La Kadima y las

sinagogas se convirtieron en centros de encuentro y difusión de la cultura judía, según testimonio de Oca: “En mi casa se fundó un centro cultural Kadima que era una biblioteca, un teatro se hacían actos culturales los sábados”⁴(Oca, entrevista, 2016:).

Si nos referimos a las casas, eran bastante simples, hechas de adobe y con techo de paja que, en el transcurso de los años, se construyeron en ladrillos y cubiertas con chapas de zinc. Cercanas a ellas estaban las construcciones y tierras comunitarias, donde se sembraba, en una parte, paraísos que servían para obtener leña y, en la otra, una huerta. Los campos de entre 100 y 150 has asignados a cada familia, estaban ubicados en la vecindad del asentamiento, así lo expresa Noé Cociovitch en sus memorias: “Alrededor de ellos pastaban bueyes, vacas y caballos que pertenecían a los propietarios de la aldea” (Cociovitch, 1987)

No debemos olvidar que las viviendas constituyen objetos de cultura material, en las cuales se observan prácticas sociales, comportamientos y modos de representación doméstica cuyos símbolos culturales permiten construir las relaciones familiares su identificación y permanecen en el tiempo (García, 2006).

Según testimonio de Sara, sus padres cuando se instalaron en la colonia tenían construida su casa que no tenía ni puertas ni ventanas, “así nomás dos piecitas chicas. Y un pozo con agua” (Sara, entrevista realizada por Estela Ebert, 1989) Su madre lo primero que hizo fue probar el agua y como era

⁴El salón teatro Kadima se construyó en el lugar actual, gracias a la campaña de colecta realizada en el año 1924.

dulce, dijo: “Si el agua es dulce, nosotros vamos a tener un porvenir bueno acá” (Ídem). El agua era uno de los recursos más importantes para los colonos y especialmente para las mujeres, que la utilizaban en sus tareas cotidianas para cocinar, lavar, limpiar y regar, cuestiones importantes en la vida familiar.

A través de estas actividades, las mujeres fueron las responsables de transmitir pautas culturales, religiosas, alimentaron y educaron, mantuvieron conexiones afectivas con los parientes, trabajaron en el campo junto a sus maridos, además de cultivar y elaborar productos lácteos y de la huerta.

La vida familiar y los trabajos cotidianos

Entre los contingentes de inmigrantes que llegaron a estas tierras, la familia constituía un ámbito donde se definieron nuevas experiencias y se transformaron pautas de convivencia, debido a las diferencias étnicas que había entre las familias rurales y urbanas.

Dentro del núcleo familiar, caracterizado por su rígida moral, las mujeres concentraban su actividad en el trabajo doméstico, tal como se hacía en la Rusia natal, pero también iban al espacio público para vender sus productos en el mercado (Cociovitich, 1987).

Estas costumbres fueron conservadas por las familias que se asentaron en la zona, ya que aquellas mujeres que arribaron a tierras moisesvillenses traían consigo pautas y patrones de significación acerca de los roles femeninos desde su sociedad de origen. La mayoría de ellas provenía de un hogar donde estaban abocadas a las tareas de cuidado y mantenimiento de la unidad doméstica. La vida de las migrantes no fue sencilla, ni contó con comodidades, sin embargo supieron satisfacer sus necesidades elementales.

En el ámbito rural, todos los miembros de la familia participaban del trabajo productivo, que en esta zona se basaba en la combinación de la agricultura y la cría de ganado. Los trabajos eran el engorde de los animales, la siembra de algún potrero con alfalfa, sorgo, trigo y posterior cosecha, embalaje en fardos si era forrajera y/o trillado si eran granos y su comercialización.

En la actividad agraria, el papel de la mujer fue muy importante tanto en la organización productiva como también en la dinámica familiar y comunitaria, porque a través de ellas se conservaron los lazos de parentesco y de amistad. Así se entrecruzaron los lazos sociales comunitarios que fortalecen la vida social, en un mundo con nuevos códigos e instituciones que compartían sus mismas tradiciones.

Las actividades en el espacio público se relacionaban con la beneficencia, así recuerda Isaac: "...mi madre era muy inteligente muy lectora. Si no, no hubiera sido la presidenta, la primera presidenta de la WIZO (Women's International Zionist Organization) en los años 28, 27, 26". Esta institución fue fundada en 1920 y es una organización que permanece en la actualidad. De interés social, educativo y humano, desarrolla programas dirigidos a mujeres, niños, ancianos y la familia. Su objetivo es proteger a la mujer y al niño, contribuyendo al bienestar de la familia. Realiza asistencia social, distribución de alimentos, vestimentas y subsidios a instituciones de arte, enseñanza y bibliotecas.

En épocas de cosecha, las familias debían alojar a los peones en sus casas, darles de comer a todos y estas actividades estaban a cargo de las mujeres (Sara, entrevista realizada por Estela Erbert, 1989). Con ayuda de los

hijos/as, ellas debían ordeñar algunas vacas, que daban leche para el consumo de la familia, y con lo que restaba elaboraban quesos, crema, manteca, cuyo excedente se comercializaba. Así lo expresa Benjamín:

Entre los juegos y la lectura de libros infantiles, se intercalaban obligaciones domésticas: acarrear leña para cocinar, dar de comer y agua a las gallinas, batir crema para hacer manteca, recoger huevos, encerrar a los terneros o lustrar zapatos de toda la familia (Benjamín, 2012: 57).

La huerta y la jardinería fueron otras de las tareas desempeñadas por el sexo femenino, quienes compartían estas actividades con sus niños y niñas más pequeños, así lo atestiguan: “Lo que resultaba placentero era dedicarse a la huerta y a la jardinería en compañía de la mamá” (Benjamín, 2012: 63).

De acuerdo a Sara:

Las hortalizas cultivadas en las huertas familiares formaban parte de la dieta y la hija la ayudaba... El patio estaba sembrado de plantas de verduras, hortalizas, flores como rosas rojas. En las quintas se cultivaban verduras en una parte y la otra sembraban paraísos para leña. Se cosechaban hortalizas como zanahorias, remolachas y también pepinos que se vendía en el pueblo a 15 centavos la docena. Con el dinero que se obtenía se compraban muebles y utensilios para el hogar. Para el shabat, los viernes distribuía entre los vecinos las zanahorias para hacer tzimes. Algunos estudiantes le llevaban a su maestro un regalo muy preciado: borsht de remolacha con crema que preparaba su madre (Sara, entrevista realizada por Estela Erbert, 1989)

En la vida cotidiana las mujeres pusieron en juego todas sus capacidades intelectuales, ideas, sentimientos, necesidades y pasiones que se manifestaron en las formas de organización del tiempo, el consumo, la recreación y los vínculos familiares, por ello la costura, el bordado, el ganchillo, la cocina y otras manualidades se convirtieron en esparcimientos y en fuentes de recursos ocasionales:

La confección de las prendas de vestir fue durante mucho tiempo una tarea hogareña [mi mamá]... hacía todo, si a mi papá se le rompía una camisa, a mí me hacía un vestido (Oca, entrevista, 2016)

Con el tiempo se convirtió en una profesión específica con rango propio había sastres y modistas bien instalados en las afueras del pueblo (Benjamín, 2012: 58)

A pesar de que las tareas en el campo se compartieran, los varones y mujeres tenían relaciones diferentes con los medios de producción y un acceso distinto a los ingresos generados por el trabajo. El área femenina natural era la reproducción de la familia, no sólo desde el punto de vista genético, sino también de la alimentación, el vestido, la salud, aún de las personas agregadas al propio hogar. Debían ocuparse de la producción para el consumo doméstico, el procesamiento de los productos embutidos, dulces, lácteos, según la tradición de origen, la limpieza de la casa y la costura de los vestidos y, ocasionalmente, vendían sus productos fuera del hogar, contribuyendo a la economía familiar.

Matrimonios y educación de las hijas

El matrimonio significaba una seguridad para afrontar la nueva situación provocada por la llegada a un país diferente, por ello los padres tenían varias preocupaciones, entre ellas el casamiento de las hijas mujeres. La tradición hacía referencia a la palabra inclinarse y se decía que cuando se inclinaba el tonel era porque quedaba poco dentro, si el techo se inclinaba era peligroso y un padre cuando su hija entraba en años comenzaba a inclinar su espalda (Cociovitch, 1987). Por ello el jefe de la familia era el responsable de poder casar a su hija y pagar la dote, que si por alguna causa no entregaba el valor de lo pactado, el novio no aparecía en la sinagoga hasta que el suegro no cumpliera el acuerdo. Cuando la intransigencia de los padres impedía la unión de los novios, algunas jóvenes se fugaron de la casa paterna para contraer matrimonio. Siguiendo a Cociovitch (1987), este comportamiento

provocaba discusiones y llevaba al padre en algunos casos a enajenar el campo a nombre de un pariente.

La colonia se renovó un poco con la llegada de otros grupos de migrantes entre ellos los judíos polacos. Como decía una expresión de los colonos “en las casas hay bereques”, para referirse a los judíos lituanos, polacos y de Besarabia. Tenían un distinto modo de vida y convivían en pacífica armonía, así el estrecho mercado matrimonial se amplió y ambos grupos se asimilaron. En las primeras décadas de la colonización se casaban entre vecinos, aunque en los años cuarenta del siglo XX, se producen algunos cambios, cuando:

...se creó el secundario de Moisés Ville vinieron maestras, profesoras que eran gentiles, que no eran idishes...y todas o casi todas se casaron con muchachos judíos de Moisés Ville...Parece que había fama de que los judíos son buenos maridos... las esposas no se convirtieron al judaísmo, no hicieron ningún problema. Era una cosa superada ya hace 40 años (Isaac, entrevista realizada por Estela Erbert, 1989)

Las hijas mujeres se educaban dentro del modelo de utilidad doméstica, es decir iban a la escuela hasta que supieran leer y escribir, luego se especializaban en artes culinarias y artes manuales para ser buenas esposas. Aunque el matrimonio era uno de los objetivos de estas mujeres, hubo quienes lucharon de manera obstinada para cumplir sus deseos, logrando que les permitieran seguir estudios superiores, tales como abogacía, escribanía, odontología, en busca de romper el modelo tradicional de la mujer ama de casa.

Entre los recuerdos de su niñez, Vita, quien pasaba sus vacaciones en Moisés Ville, relata la conducta de estas mujeres.

....Mi abuela tenía una vecina, una señora alta y vestida con un delantal blanquísimo que sentada en la galería de su casa, miraba y controlaba el gallinero. Así cada vez que ponían un huevo iba a recogerlo, dejando

sobre la silla un libro que leía muy interesada. Esta situación generó en la niña mucha curiosidad. Cuando la vecina dejó el libro sobre la silla, se acercó y deletreó el título del texto: William Shakespeare (Vita, comunicación personal)

Para esta descendiente de moisenvillenses, es lo que mejor representa a estas mujeres luchadoras, trabajadoras pero también ávidas lectoras de los clásicos de la literatura. Las mujeres nacidas en Argentina completaron estudios primarios, leían en castellano e idish, lo que les permitía leer “sobre todo de los clásicos de esa época, todos los rusos Tolstoi, Gorki, Dostoievsky” (Ídem).

Como vemos, las mujeres han participado como madres en la producción y transformación cultural, es decir asumen lo privado como parte de lo social, y se convierten en actores sociales que introducen grietas, contradicciones y ambigüedades en relación al código masculino dominante y generan desde su rol materno un nuevo aporte al sistema de género (León, 1994).

Otro aspecto de lo doméstico: mestizaje de sabores y nuevas comidas

La llegada de los inmigrantes a tierras santafesinas trajo un importante bagaje cultural y herramientas simbólicas que se entremezclaron con las costumbres propias de esta tierra, entre ellas, el mundo de la cocina, donde si bien se mantuvieron las tradiciones propias de cada grupo étnico, se mestizaron con alimentos y productos de los espacios que ocupaban (Caldo, 2006).

Era común encontrar en las casas imágenes de mesas, cubiertas con manteles bordados, guebeks –tortas y masitas caseras- acompañadas del

mate, agua de pozo con refresco o de un té con varenie –mermelada dulce-: eran estampas familiares en los hogares de los migrantes (Ídem).

Las madres se dedicaban al cuidado de los niños y las tareas hogareñas: acondicionar la ropa y lavarla a mano, limpiar la tierra que entraba en la casa y cocinar todos los días. Cuando visitaban a los familiares, las abuelas cocinaban algo especial: los tzimes de zanahoria con kishke relleno, que era un guisado con tripa rellena. Siguiendo a Caldo (2006), los ingredientes locales se adaptaron rápidamente, al igual que las comidas lugareñas, por lo que recuerdan que las comidas eran una “mezcla de manjares europeos y criollos”: los pucheros, sopas, asados, guisos y churrascos acompañados de verduras y legumbres, algunas cosechadas en el huerto de la casa, no faltaban la leche, manteca y crema. Para las fiestas importantes como un casamiento o la visita de parientes de la ciudad, se preparaban las comidas con pollos, pavos, corderos y chivos.

Indudablemente la dieta de los inmigrantes se modificó -ya no había arenques-: sólo tenían a mano carne de vaca. Se criaban cerdos y se manufacturaban chorizos para vender en el pueblo (Oca, entrevista, 2016). Así el menú cambió; además de la falta de pescado se sumaba la falta de la sémola de cebada perlada. Había sólo carne, “lo malo era que la carne no provenía del shor habar” (El legendario “bos primigenus” de cuya carne comerán los justos después de la venida del Mesías, según la tradición judía) sino como se decía era de la raza de Colón, que eran vacas flacas con una carne desagradable (Cociovitch, 1987).

Además, dentro de la cocina judía hay alimentos prohibidos, entre ellos el cerdo, según lo dice el Deuteronomio. Así lo atestiguan nuestros entrevistados:

En esta comunidad judía existía un calendario religioso, con días y períodos de ayunos. Existían días en que había diferencias entre la alimentación, una se servía diariamente y el que se hacía en días festivos (Lo mencionan Oca y Benjamín)

En todas las casas las mujeres cocinaban, aunque tuvieran personas que las ayudaban en las tareas domésticas, eran las responsables de preparar los alimentos: “Mi mamá era muy laborante, trabajaba en el campo y criaba los hijos. Mi papá traía leche y ella hacía quesillo, yogur, crema, dulce de leche, hacía todo ¿qué es lo que no hacía?”(Oca, 2016). Estas son expresiones de Oca al recordar a sus padres, también rememora cuando sus abuelos fueron a vivir a su casa. Allí: “se festejaban todas las fiestas judías, se preparaba todo y se compartía, pero la que cocinaba era mi mamá. Mi papá traía del campo pavos y chorizos de chanco que los vendían” (Ídem). También Sara dice: “Los dos trabajaban como bestias y mi mamá criaba a los cuatro hijos y ayudaba en el campo. Nosotros también ayudábamos en las tareas del tambo” (Sara, entrevista realizada por Estela Erbert, 1989). Reflexionar sobre esta cuestión nos lleva a revisar una acción cotidiana a cargo de las mujeres, pero también es importante observar en ella cómo lograron conservar la identidad de su cultura, gustos y hábitos que aún persisten en las festividades donde se acompañaban con comidas típicas apropiadas a cada una de ellas.

Pariendo se nos va la vida

...La fatalidad truncó la vida de Menuja que falleció durante un parto al igual que su hijo recién nacido (Sara, entrevista realizada por Estela Erbert, 1989). Las cuestiones sanitarias en las colonias eran muy precarias, las mujeres morían

muy jóvenes por que los nacimientos se producían en la casa de campo, donde se tenía el auxilio de vecinas que oficiaban de comadronas, que la mayoría de las veces no podían combatir el “*mal de los siete días*”, o el tétanos, contraído al cortar el cordón umbilical sin las condiciones de higiene necesarias, siendo causas de muerte neonatal propias de las zonas rurales. Debido a esto, los varones enviudaban reiteradamente y, luego de los treinta días de duelo, contraían nuevamente matrimonio en razón de que necesitaban que una mujer le cuidara a sus hijos, situación que se visibiliza en las genealogías familiares donde aparecen los varones de las familias casados en varias nupcias (Benjamín,2012).

Sara, que es hija de los pioneros, recuerda que en los primeros años de la colonia no había parteras pero había mujeres que eran “*entendidas*” porque practicaban en cada nacimiento, ayudando a las vecinas en el momento del parto. Como recibían muchos niños les decían cariñosamente *bobe* y las consideraban personas muy inteligentes. En esos tiempos, a principios del siglo XX, “no se conocían sanatorios, hospitales”. Luego de la fundación de la Cooperativa:

Se hizo el hospital en Moisés Ville, se formó un servicio sanitario...se traía un médico contratado y cada colono era socio, tenía que pagar dos pesos por mes...eran abonados y el médico cuando atendía les cobraba un peso en cada visita, además tenía un sueldo anual. El médico vivía en Moisés Ville y se trasladaba en sulky hasta las casas de la colonia para atender a los enfermos (Sara, entrevista realizada por Estela Erbert, 1989).

Los facultativos no atendían durante los partos, se los llamaba cuando el nacimiento se tornaba peligroso para la madre o para el bebé. Recuerda Sara, que tuvo su primer hijo en 1918, época de la epidemia de la gripe española, donde murió mucha gente: “Entonces tuve que decidir que yo me vaya a Rosario a tener familia, pero el parto no fue bueno y tuve un varón. Pero nació

asfixiado” (Sara, entrevista realizada por Estela Erbert, 1989). Por tan mala experiencia decidió viajar a Buenos Aires y que su nuevo bebé naciera allí, pero la historia casi se vuelve a repetir, la salvó una amiga. Así decidió que cuando tuviera que tener otro hijo se quedaría en su casa y parir allí. Ahora tenía la compañía de sus vecinas y una partera diplomada llegada desde Rusia.

Como podemos observar, estas cuestiones propias de las mujeres, tales como la atención de las parturientas y el cuidado del recién nacido de sus congéneres, afianzaron modos de sociabilidad donde fortalecieron la transmisión de su cultura y tradiciones, dentro y fuera del núcleo doméstico.

Reflexiones finales

Estamos convencidas que estas mujeres a través de sus vivencias dentro de la vida cotidiana, pusieron en juego todas sus ideas, sentimientos y conocimientos del mundo, que se manifestaron en las distintas formas de organización y supervivencia dentro de un espacio inhóspito y desconocido, en el que lograron resignificar su cultura, manteniendo un rol activo en el sostén y la reproducción del orden social, que si bien estuvo ligado a un mandato patriarcal, hubo instancias de transgresiones donde se convirtieron en actores sociales que introdujeron algunas fisuras y contradicciones al código masculino dominante.

Fueron el pilar fundamental en cada una de las celebraciones y festividades de la colectividad, donde en el ritual de la cocina, las costumbres y las actividades cotidianas ejercieron la supremacía y mantuvieron como legado el idioma idish. Se aferraron a la tierra de Moisés Ville para perpetuar la

memoria de sus hijos enterrados allí y de esta manera recordar la dolorosa experiencia vivida.

Las experiencias femeninas fueron modificando los diferentes ámbitos de la sociedad en la que vivieron junto a los varones, de acuerdo a las posibilidades dentro de su ámbito de acción. Por ello consideramos que estas voces escondidas de la historia han dejado huellas, que en los relatos de las descendientes de aquellas migrantes aparecen en las percepciones de los caminos transitados, que al ser visibilizadas dan lugar a otras maneras de comprender simbólicamente el mundo, teniendo en cuenta diferencias de género y clase, poniendo en una relación dialógica la memoria y la historia, en un vínculo inseparable entre el tiempo y el espacio, donde mujeres y varones recrean y crean sus identidades y experiencias de vida.

Al reconstruir las vivencias de mujeres y varones a través de sus recuerdos, nos permitieron observar que la historia oral –que le dio sustento a este artículo– es uno de los recursos claves para visibilizar las voces femeninas que de otra manera permanecerían ocultas y relegadas del contexto historiográfico.

Bibliografía

AVNI, Hain (1983). Argentina y la historia de la inmigración judía 1810-1850, Sudamericana Magnes, Universidad Hebrea de Jerusalen y AMIA, Buenos Aires

BACH, Ana María (coord.) (2015). Para una didáctica con perspectiva de género. UNSAM Miño y Dávila editores, Buenos Aires

CALDO, Paula (2006). “Cocinar y comer”. En Fernández, S. (comp.) Identidad y vida cotidiana (1860-1930), Nueva Historia de Santa Fe, Tomo 8, Prohistoria ediciones, Rosario

CUESTA BUSTILLO, Josefina (1998). "Memoria e historia. Un estado de la cuestión". En Revista Ayer, n°32, Madrid.

CHESNEAUX, Jean (1981). ¿Hacemos tabla rasa al pasado? A propósito de la historia y de los historiadores, Siglo XXI, Buenos Aires

COCIOVITCH, Noé (1987). *Génesis de Moisés Ville*. Milá, Buenos Aires

CRESPO, Elizabeth (1994). "Estudia por si tu marido te sale un sinvergüenza". En Revista Historia y fuente oral, n° 11 Identidad y Memoria, Universitat de Barcelona, pp. 83-96

DEVOTO, Fernando (2009). Historia de la inmigración en la Argentina, Sudamericana, Buenos Aires

DUBY, George y Michelle PERROT, (1991). Historia de las mujeres, 5 vols., Taurus, Madrid

EPSTEIN, Diana (1997). "Maestros marroquíes. Estrategia educativa e integración, 1892/1920". En Anuario IEHS n°12, UNCPBA, Tandil, pp. 347-369

FERNÁNDEZ, Sandra (2006). "Las formas de sociabilidad en Santa Fe". En Fernández, S. (comp.), Sociabilidad, corporaciones, instituciones (1860-1930), Nueva Historia de Santa Fe, Tomo 7, Prohistoria ediciones, Rosario

GARCÍA, Analía (2006). "Lo íntimo y lo público. Sociabilidad y familia". En Fernández, S. (Comp.) Sociabilidad, corporaciones, instituciones (1860-1930) Nueva Historia de Santa Fe. Tomo 7, Rosario, Prohistoria ediciones

GALASSI, G. (2006). "Asociacionismo e identidad". En Fernández, S. (comp.) Sociabilidad, corporaciones, instituciones (1860-1930), Nueva Historia de Santa Fe, Tomo 7, Prohistoria ediciones, Rosario

GEROVITCH, Luis (1983). La colonización judía en la Argentina, Plus Ultra, Buenos Aires

HALPERÍN DONGUI, Tulio (1987). "¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria en la Argentina (1810-1914)". En El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas, Sudamericana, Buenos Aires

HERSZKOWICH, Enrique (2006). Historia de la comunidad judía argentina. Su aporte y participación en el país, DAIA- Centro de Estudios Sociales, Buenos Aires.

JELIN, Elizabeth (2005). "Exclusión, memorias y luchas políticas". En Mato, Daniel (Comp.) Cultura, política y sociedad Perspectivas latinoamericanas, CLACSO, Buenos Aires, pp. 219-239

KAPLAN, Marta (2009). Judíos en Formosa. Una historia centenaria (1909-2009). En Colección Cultura, N°8, Gobierno de la provincia de Formosa, Formosa

LEÓN, Magdalena (1994). "La identidad se construye ¿en la familia?". En Revista Isis Internacional, N° 20, Santiago de Chile

LEWIN, Boleslao (1990). ¿Cómo fue la inmigración judía en la Argentina: algunas cuestiones. Instituto de Intercambio Cultural y Científico Argentino Israelí, Buenos Aires

FREIDIN, Betina (2004). "El uso del enfoque biográfico para el estudio de las experiencias migratorias femeninas". En Sautu, Ruth (comp.), El método biográfico. La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores, Ediciones Lumiere, Buenos Aires

GIMÉNEZ, Carlos (1996). "La integración de los inmigrantes y la interculturalidad". En Arbor. Cliv, N° 607, pp. 119-149

MALGESINI, Graciela (1993). "Las mujeres en la construcción de la Argentina en el siglo XIX". En Duby, George y Perrot, Michele, Historia de las mujeres en el siglo XIX. Cuerpo trabajo y modernidad, Tomo 8, Ed. Taurus, Madrid.

MALGESINI, Graciela (2001). Reflexiones sobre migraciones, cooperación y co-desarrollo. En ARXIUS de Sociología, N°5, pp. 123-146

MALGESINI, Graciela y GIMÉNEZ, CARLOS (1997) Guía de conceptos sobre migraciones, racismo e interculturalidad, Editores Madrid. La cueva del Oso, España

SENKMAN, Leonardo (1984). La colonización judía. Historia Testimonial Argentina, CEAL, Buenos Aires

SINAY, Javier (2013). Los crímenes de Moisés Ville. Una historia de gauchos y judíos, Tusquets editores, Buenos Aires

SCOTT, Joan (1999). "Género una categoría útil para el análisis histórico". En Cangiano, María y DuBois, Lindsay, De mujer a género, CEAL, Buenos Aires, pp. 17-50

_____ (2011). "Género: ¿Todavía una categoría útil para el análisis?". En La manzana de la discordia, Institute for Advanced Study., V. 6, N° 1, pp. 95-10.

THOMSON, Alistair (1994). "La naturaleza analítica de la entrevista. La utilización de la biografía del recuerdo en la exploración de la identidad nacional y masculina. Estudio de un caso australiano. Percy Bird". En Revista Historia y fuente oral, N° 11 Identidad y Memoria, Universitat de Barcelona, pp. 24-38

VARGAS LLOVERA, María Dolores (1996). Inmigración, etnicidad y *pluralismo cultural*, Área de Antropología, Universidad de Alicante, España, consultado en https://rua.uce.es/dspace/bitstream/10045/5828/1/ALT_0405.pdf

VILCHEZ, Haydeé (2016). "Destino. El Sur. Migrantes japonesas del Perú. 1889-1945". En Revista Historia de las Mujeres, N° 164, Lima, consultado en <http://cemhal.org/revista5.html>

ZAN, Julio (2008). "Memorias e identidad". En Tópicos. Revista de Filosofía de Santa Fe, N° 16, pp. 41-67

Documentos

Isaac (NT) Entrevista realizada por Erbert Estela. Moisés Ville, junio de 1989 en Archivo de la Palabra" N°100 en Centro de Documentación e Información sobre judaísmo argentino Marc Turkow N° 100, consultado en www.amia.org.ar/index.php/linker/default/indes/area/38

Moisés (NT) Entrevista realizada por Trajtemberg Gabriel. Moisés Ville, julio de 1989 en Archivo de la palabra" N°108 Centro de Documentación e Información sobre judaísmo argentino Marc Turkow, consultado en www.amia.org.ar/index.php/linker/default/indes/area/38

Sara (KFG) Entrevista realizada por Erbert, Estela. Moisés Ville, 1989. En "archivo de la palabra". Centro de Documentación e Información sobre judaísmo argentino Marc Turkow N° 93, consultado en www.amia.org.ar/index.php/linker/default/indes/area/38